

# I HOMENAJE



## EL REPUBLICANISMO DE BENITO PÉREZ GALDÓS / THE REPUBLICANISM OF BENITO PÉREZ GALDÓS<sup>1</sup>

**MARTA SANZ**

**Escritora**

Antes de nada, quiero hacer una aclaración: el hecho de que una persona haya sido comisaria de una exposición sobre Galdós en la Biblioteca Nacional no significa que esa persona –en este caso yo, que me caracterizo por cierta tendencia a la escritura autobiográfica– lo sepa todo sobre don Benito. Me considero una lectora *disfrutona* de la obra galdosiana, que con un talante adolescente a veces se mete bajo la piel de los personajes adjudicándoles emociones o ideas más mías que tuyas; es decir, soy una lectora atenta y comprometida con la acción de la lectura, pero no soy una erudita por mucho que haya ido aprendiendo algunas cosas en el proceso de levantar y construir un discurso expositivo complejo.

Mi compañero en el comisariado, Germán Gullón, sí lo sabe todo sobre Galdós y precisamente fue él quien me invitó a echar un vistazo a un libro de Víctor Fuentes (1982) que, sin duda, conoceréis. Dentro de este libro, que aborda la faceta demócrata y republicana del escritor canario, encontré el documento del que me habló Gullón: la carta que Galdós hizo llegar a don Alfredo Vicenti, director del diario *El liberal*, el día 6 de abril de 1907; ese documento sirve de base para articular esta conferencia con la que me niego a proseguir sin desearos antes un felicísimo 14 de abril, día de una república que por lógica, racionalidad y justicia debería a constituirse como soporte de nuestra vida política y nuestra sociedad. Tal vez, lo primero que deberíamos tener en cuenta, aunque la afirmación a priori pueda sonar a Perogrullo, es que Galdós era republicano porque no era monárquico: por mucho que las monarquías quieran darse por buenas como fórmula de la conciliación en ciertas circunstancias históricas –¿a qué me estaré yo refiriendo?–, Galdós se hizo republicano porque el concepto de monarquía contradice el de soberanía popular e implica «una petrificación teocrática»: el poder de reyes y reinas proviene de Dios. Convendría saber si Dios se vincula con el capital o si Dios está entre los pucheros, como intuía la visionaria Santa Teresa, y en consecuencia está más próximo a cotidianidades y ciudadanías. El problema es que, como Dios no existe –traigo noticias frescas–, habría que replantearse muy

---

<sup>1</sup> <https://doi.org/10.15366/crrac2020.4.001>.

seriamente de dónde provienen las tradicionales legitimaciones del absolutismo monárquico. Podemos volver, entonces, a palabras como feudalismo, caciquismo y capital, con las que Galdós tuvo distintas relaciones a lo largo de su vida. Yo hoy cruzo los dedos para que, entre todos y todas, logremos hacer llegar una Tercera República, en sentido recto y en sentido figurado.

## La República que Galdós no conoció

En sentido figurado, la Segunda República Española, la República que Galdós no conoció, se representa a través de la imagen de una hermosa mujer. No sería improcedente que nos parásemos a reflexionar sobre las representaciones antropomórficas, las alegorías, de los sistemas políticos y económicos, de los cambios históricos y revolucionarios: desde la libertad que guía al pueblo en el famoso cuadro de Delacroix al capitalismo encarnado en el encopetado y retador tío Sam.

A estas alturas, ya sabemos que las representaciones no son inocentes y la república que hoy conmemoramos adopta la fisonomía de una mujer de alargado óvalo, boca recogida y sonriente, nariz fina y serenísimos ojos marrones, un poco hundidos y respunteados por las ojeras de la esperanza y la preocupación. Dos tirabuzones oscuros enmarcan su rostro. Va tocada con una barretina y una diadema con forma de amarronado castillo. El tocado es monstruoso o mestizo, un pastiche kitsch o un ejemplo de pluralidad y convivencia Cataluña, Castilla, Navarra... En esas seguimos. El original adorno capilar se remata con una piedra roja colgante.

De modo que quien habla, hoy aquí, es una galdosiana y una republicana sentimental y un poquito culturalista que construye su concepto de república con imágenes como las de Miguel Hernández arengando a las tropas o García Lorca posando ante un cartel del teatro universitario La Barraca; con imágenes de pósteres propagandísticos de las Milicias de la cultura, realizados por el Ministerio de Instrucción Pública y Sanidad, que promocionaban la lucha contra el analfabetismo en las trincheras; fotografías de Antonio Machado en un mitin de la JSU y pasquines feministas del mismo partido. Al fin y al cabo, fue el exilio republicano el que mantuvo vivo el legado de Galdós y se llevó fuera de nuestras fronteras una determinada idea de España, democrática y dialogante, que nada tenía que ver con las novenas y el sindicato vertical. Con fusilamientos y

represalias. Con gentes pobres y huérfanas que constituían la masa invisibilizada del bando vencido. Quienes más dificultades habrían encontrado para subirse al *seat* desarrollista que quizá Galdós, en su europeísmo, habría podido desear. Es conocida la reivindicación galdosiana de Cernuda:

Hoy, cuando a tu tierra ya no necesitas,  
Aún en estos libros te es querida y necesaria,  
Más real y entresoñada que la otra:  
No ésa, mas aquélla es hoy tu tierra,  
La, que Galdós a conocer te diese,  
Como él tolerante de lealtad contraria,  
Según la tradición generosa de Cervantes,  
Heroica viviendo, heroica luchando  
Por el futuro que era el suyo,  
No el siniestro pasado donde a la otra han vuelto<sup>2</sup>.

Imágenes, como las que aquí contempláis, que se quedan para siempre en nuestras impregnaciones cerebrales y en el reverso de nuestra retina configurando un mundo conceptual, una retícula de relaciones y una memoria que son comunes y compartidos.



Estos «santos», estas ilustraciones, inevitablemente evocan una guerra, nuestra Guerra Civil (1936-1939) de la que fueron responsables caciques, usurpadores, fascistas y todo tipo de sectas reaccionarias. Galdós tuvo la fortuna de no llegar a vivirla. Yo no puedo asimilarla desde una perspectiva equidistante. Porque pienso en una oportunidad perdida, en los aprendizajes perdidos y en tantos años de dolor, represión y muerte.

<sup>2</sup> El fragmento corresponde a «Bien está que fuera tu tierra», poema del «Díptico español» incluido en *Desolación de la Quimera* (1962).

## Lo universal y lo particular

Con el tiempo, he llegado a destilar la idea de que retratar la guerra en abstracto desemboca en la banalidad y el lugar común. Ya sabemos que la guerra es mala. Esa visión pretendidamente universal y pseudo-humanista forma parte del espacio de nuestra ideología invisible. El nada neutral código de barras del sentido común. Lo interesante de las guerras es qué, quién, cuándo, por qué, el reparto entre bando vencedor y bando vencido, las cifras exactas de la devastación, quién se benefició de la violencia, quiénes sufrieron las represalias... Lo que importa son los detalles y esa intrahistoria unamuniana –despojada de la veta de tradicionalismo que viaja sobre la línea del tiempo y del espacio– que el escritor del 98 aprendió del maestro Galdós: los *Episodios Nacionales* ejemplifican literariamente cómo se entrelaza lo grande y lo pequeño, los microscopios y los telescopios, cómo la Historia Oficial se matiza con la vida de las personas, y cómo una veta mítica, sentimental y legendaria, a menudo y de forma inevitable, deslíe unos límites que deberían ser nítidos e incandescentes. Si hiciésemos política-ficción, no sería muy difícil decidir de lado de quién se habría puesto don Benito en el 36. Al menos ese sería nuestro deseo y la posición más verosímil para un hombre polifacético que, en muchas familias populares, encarnó una idea de bonhomía, racionalidad y cultura. No nos podemos dejar arrebatar ni su legado intelectual ni su significación en el imaginario colectivo.

El relato que el escritor canario hace de las sombras de nuestra historia decimonónica y de su contemporaneidad dibuja una panorámica que nos ayuda a entender esos días de furia y de llamas. Los que ahora vivimos, también: mi amigo el escritor Rafael Reig organiza sesiones de lectura de los *Episodios Nacionales* en su librería de Cercedilla. Inevitablemente se habla del ayer y del hoy, del ayer en el hoy, de qué pasará mañana. Los *Campos* (1943-1968) de Max Aub, el patriotismo de los cuentos del exilio de Luisa Carnés, César Muñoz Arconada y la Generación del nuevo romanticismo, la imagen de una España tétrica en las narraciones del realismo socialista, los *Días de llamas* (1979) de Juan Iturralde, el *Largo noviembre de Madrid* (1980) de Zúñiga, *La buena letra* (1992) de Chirbes, las actuales aproximaciones a una novela de la crisis a partir de los nuevos realismos constituyen el hilo intertextual de una tradición galdosiana que excede con mucho los límites del relato de la peripecia rápida y episódica, la novela de aventuras históricas o el melodrama adulterino. Aunque nunca convenga desdeñar la inteligencia galdosiana para establecer vínculos con un sector mayoritario del espacio de recepción: ese es el lugar más próximo a lo

que podríamos llamar una «cultura popular» no mediatizada por los intereses del mercado y la sociedad del espectáculo.

En el lado de la invención política luminosa, de la lucidez galdosiana, mi ideal republicano tampoco puede separarse de la lectura de las novelas, obras de teatro y episodios de un escritor que no vivió la Segunda República Española, pero sí la Primera, y contaba además con los aprendizajes republicanos de otros países europeos a los que viajó y cuyas costumbres en gran medida admiró.

## La república que Galdós sí conoció

La Primera República se enmarca en el Sexenio Democrático, que comienza con la Revolución de 1868 que dio paso al reinado de Amadeo I de Saboya; lo dice la Wikipedia que para la narración de los sucesos encadenados resulta bastante fiable y para la redacción de este epígrafe en particular ha sido muy informativa. Soy una mujer de mi tiempo. La república que Galdós sí conoció fue la *hiperbrev*e y convulsa Primera República Española, entre 1873 y 1874; la presidida sucesivamente por Estanislao Figueras, Pi i Margall, Nicolás Salmerón y Castelar. El golpe de Pavía acabó con la república federal para declarar una república unitaria, que colocó a Serrano en la cúspide dictatorial del poder... El general Martínez Campos puso fin a los desmanes republicanos restaurando la monarquía borbónica en la figura de Alfonso XIII. Esta era la imagen alegórica de la primera república española enseguida castigada por los partidarios de una república unitaria o una república federal<sup>3</sup>:



<sup>3</sup> La primera imagen de Tomás Padró es Alegoría de La Niña Bonita sobre la I República Española, publicada en *La Flaca*, revista humorística y liberal del siglo XIX. La segunda, también publicada en *La Flaca* es de autoría desconocida.



Durante esos años, Galdós vio cómo algunos de sus enemigos y también de sus mejores amigos, entre los que se encontraban Pereda o Menéndez Pelayo, convertían el agua en vino, lo blanco en negro, lo vivo en lo pintado y reinterpretaban en clave de anarquía apocalíptica los movimientos hacia el laicismo, los conatos de justicia social, la aplicación de criterios racionales en los sempiternos problemas territoriales. La siguiente cita de Jover Zamora (1991) es tan actual que pone la carne de gallina:

Así, el federalismo se convierte en «separatismo» (Castelar, Menéndez Pelayo); la neutralidad religiosa del Estado es expresada como «irreligión» y como «ruptura de la unidad católica», si bien coadyuvan a ello las sectarias medidas anticlericales, no específicas del 73, adoptadas en determinados puntos de Cataluña y Andalucía (Coloma, Menéndez Pelayo); el predominio del poder civil —sobre todo bajo las presidencias de Figueras y Pi— es traducido como «crisis de autoridad» en relación con el «desorden» existente en la España levantina y meridional y que curiosamente parecerá merecer más duros dictámenes que la sangrienta guerra civil encendida en el norte (Bermejo, Menéndez Pelayo...); el formidable aliento popular del Sexenio, y específicamente del 73, será manifestación de «desorden», de «anarquía», de «ineducación», de «tiranía de la plebe» (Bermejo, Coloma, Pereda); la vinculación ética de actitudes y comportamientos políticos será presentada, bien como coartada de pequeñas ambiciones o resentimientos sociales («intereses bastardos»: Pereda), bien como manifestación de un idealismo ajeno a la realidad y, por tanto, de eficacia negativa; la vigorosa proyección utópica del 73 será asignada por su nombre —«utopías»—, sin bien dando a esta palabra la significación vulgar de ensueño irrealizable, sin valor de futuro y ajeno a la razón y al sentido común (Revilla); las actitudes críticas y reformistas ante las formas de propiedad establecidas y sacralizadas tras el proceso desamortizador recibirán, por tímidas que sean, un solo nombre vitando, que evoca los fantasmas de la Comuna de París: «socialismo» (Castelar).

## Las muchedumbres desvalidas y trabajadoras

En la carta que Galdós hizo llegar a don Alfredo Vicenti, se expresan los más nítidos sentimientos republicanos de un escritor cuya deriva política fue haciéndose cada vez más comprometida y progresista.

La carta comienza con una declaración de amor hacia el pueblo llano, en particular hacia al estado llano matritense. En sus novelas, él ha recorrido todas las clases sociales —pueblo llano, clase media y alta burguesía en *Fortunata y Jacinta* (1887)— y ha evolucionado, desde cierta admiración por el emprendimiento y la laboriosidad de la burguesía, hasta la crítica de sus amaneramientos e imposturas. Poco a poco, va poniendo en tela de juicio los valores económicos y morales una clase social, que lejos de defender la libertad, igualdad y fraternidad revolucionarias que se hallan en la base de la ética y las legislaciones republicanas, se engolfa y se envanece. Frente a su antigua anglofilia —económica, cultural— y personajes como el emprendedor y enriquecido indiano de *Tormento* (1884), en *Lo prohibido*

(1884-1885) los pequeños inversores y capitalistas convierten el dinero en juego y apariencia. Esas percepciones originan la creciente sensibilidad espiritualista del autor de *Misericordia* (1897), así como su afinidad con el socialismo. Por eso, en esta carta, Galdós se refiere a las muchedumbres desvalidas y trabajadoras, al pueblo de Madrid, a los republicanos a los que quiere llegar con su voz y su corazón. No ha hecho algo muy diferente con sus propios lectores y lectoras, que se sintieron retratados en sus Novelas contemporáneas y salieron a despedirlo masivamente en su entierro que tuvo lugar en Madrid el 5 de enero de 1920, un día después de su muerte. Las imágenes del cortejo fúnebre son, desde luego, estremecedoras.

Pese al tono quizá un tanto paternalista respecto a las muchedumbres de la carta a Vicenti, la actitud Galdós en su ofrecimiento de ponerse al «servicio del país» denota una actitud generosa que, atenúa la singularidad o excepcionalidad de su perfil, para integrarse «con toda la inteligente y entusiasta masa del partido». Quizá el republicanismo galdosiano retoma esa idea de democracia, antindividualista y paradójicamente antiliberal, que parte de la base de que somos tan débiles e ignorantes que necesitamos apoyarnos los unos en los otros. Sin caudillos. Sin héroes. Sin paladines. Cuando escribo «paradójicamente antiliberal» quiero dejar constancia de cómo el entusiasmo galdosiano por los comportamientos económicos del liberalismo, aprendidos de sus viajes a Europa, se entibiecen igual que se ha entibiecido la confianza en las bondades de la burguesía a la que antes hemos hecho alusión. Sin embargo, lo que seguirá casi inamovible a lo largo de su vida en su defensa de la necesidad de una clase media que articule la médula, económica y moral, de un país. En este sentido, *Miau* (1888) es su novela más expresiva.

Volviendo a ese punto en el que confluyen sociología y literatura, la relación que Galdós mantiene con su espacio de recepción excede los límites de su propia época, del agradecimiento y homenaje que quisieran rendirle sus contemporáneos, para incidir en la formación de un concepto prestigiado de la cultura como herramienta de desclasamiento positivo. Mi abuelo paterno, combatiente en bando republicano en la guerra –combatiente por poco tiempo porque enseguida le hirieron y se integró en la abnegada retaguardia madrileña–, chófer y finalmente pequeño industrial mecánico, mi abuelo entendía la historia española a partir de la lectura de Galdós; entendía el arte de narrar a través de las novelas de Galdós –también de los folletines–; y forjó un concepto democrático de la cultura a través de su devoción por los textos galdosianos. Una cultura para el aprendizaje, el disfrute y la crítica que, aplicando una mentalidad claramente ilustrada, servía a



las sociedades para alcanzar el mayor progreso y la mayor felicidad. Esa confianza que hoy ha quedado sin duda obsoleta forma parte del territorio de una nostalgia personal que no sé si me puedo permitir. Puede que mi abuelo fuese uno más entre esa multitud que acompañó a Galdós en su luctuoso paseo por las calles de Madrid. Mi abuelo había nacido en la calle de la Cabeza, barrio de Lavapiés, en 1906. En aquellos tiempos, casi podríamos decir que un muchacho de catorce años era todo un hombre.

## Compromiso y plaza pública

La carta de Galdós a Vicenti constata un movimiento fundamental desde el punto de vista cívico: «Diga usted también que he pasado del recogimiento del taller al libre ambiente de la plaza pública...» Esta frase, aparentemente inane, me gusta porque a mí suelen gustarme las cosas inanes, pero también porque detecto en ella una valoración del trabajo, una consideración de la práctica literaria como oficio y una necesidad de objetivar lo interno para, en la experiencia de la escritura, compartirlo con los demás: la conversación se establece en la plaza pública. No sé si el exquisito y generoso Vicente Aleixandre sería muy galdosiano, pero no puedo evitar acordarme de su poema «En la plaza»:

No es bueno  
 quedarse en la orilla  
 como el malecón o como el molusco que quiere calcáreamente imitar a la roca.  
 Sino que es puro y sereno arrasarse en la dicha  
 de fluir y perderse,  
 encontrándose en el movimiento con que el gran corazón de los hombres palpita extendido<sup>4</sup>.

En Galdós, la conciencia comunicativa de la palabra escrita –«Cada cual tiene su forma personal de transmitir las ideas. La forma mía no es la palabra pronunciada, sino la palabra escrita...»– vincula el trabajo artístico y el trabajo político con la particularidad, además, de que en el caso de Pérez Galdós, una cosa no quita la otra. En esta actitud –y también en una actitud literaria general– encuentro una conexión con el «Yo acuso» (1898) de Emile Zola, que se ha vuelto a poner de moda gracias a la película de Polanski (2019): «Usted no pude hacerlo, pero yo sí» le dice Zola a un atribulado Picquart que ha descubierto las manipulaciones y

<sup>4</sup> El poema se incluye en el poemario *Historia del corazón* (1954). Prólogo de José Luis Cano. Madrid: Espasa-Calpe, 1983.

mentiras que el ejército y los servicios de inteligencia a los que él mismo pertenece han tramado para destruir al inocente Dreyfus.

La posible denuncia social del texto literario no justifica la ausencia en los foros de esa otra política, sucia, manchada y corrupta en casi todas las épocas, que precisamente se dignifica con la presencia de seres humanos, valientes e íntegros. A la vez, la republicana conciencia de la polis y la generosidad del trabajo público dignifican y completan a los seres humanos. El escritor, cuando aún no se había acuñado el concepto del compromiso del intelectual –de las intelectuales, también– se compromete doblemente: en el nunca autónomo campo de las artes y las letras, y en el campo del poder político. Sus argumentos para participar en política no radican en el lucro ni en el ansia de poder, sino en el noble cumplimiento de un deber ciudadano: la obligación que cada persona tiene de participar en la *polis* si no quiere ver cercenado un aspecto fundamental de su condición. Galdós se presenta como candidato con la conciencia de que la política española, a la altura de 1907 –estamos en el llamado periodo constitucional del reinado de Alfonso XIII, regido por la constitución de 1876 que orientó la restauración borbónica–, «ha venido a ser, no ya un oficio, sino una carrerita de las más cómodas, fáciles y lucrativas, constituyendo una clase, o más bien un familión vivaracho y de buen apetito que nos conduce y pastorea como a dócil rebaño...» El párrafo no tiene desperdicio por muchas razones: el vínculo del escritor con el apetito y los alimentos –estoy pensando en los garbanzos, pero también en los pajaritos fritos–; el valor de los sufijos en español –«familión vivaracho» es un sintagma impagable–; la alusión a la clase política que, aproximadamente después de un siglo, se transformó en «casta» en el lexicón del 15-M. Aunque nos parezca mentira y hace poco gritásemos en las calles aquello de «No hay pan para tanto chorizo», quiero pensar que hemos mejorado respecto a las corruptelas del maurismo y aledaños.

## Patriotismo

El republicanismo galdosiano es patriota. El republicanismo es patriota. Yo soy patriota. Y me declaro patriota porque me preocupan las brechas de desigualdad. Los estigmas de clase, raza, género, salud, formación, culto, especie... Me preocupan a un nivel global, pero también me preocupa lo que sucede aquí a mi lado: a veces tengo la sensación de que perdemos la perspectiva y solo lo ausente, lo lejano, lo virtual o lo fantasmagórico –lo universal a lo que antes he hecho

alusión– merecen nuestros desvelos. Me preocupan los detalles y los detalles inmediatos: la situación de las kellys, la subida del salario mínimo, la protección de la sanidad y la educación pública, el robo sistemático del lenguaje que confiere trascendencia a estas confesiones hoy que se malversa el concepto de patriotismo, la españolidad, las bondades de la llamada «gente de bien». Yo me he hecho patriota, española y buena a fuerza de que me digan que no lo soy. El patriotismo aumenta exponencialmente ante el sentimiento de la pérdida de los derechos conquistados. Ante el sentimiento de la pérdida total: me refiero, por ejemplo, a la del exilio republicano tras la Guerra Civil. El patriotismo, despojado de sus connotaciones reaccionarias, se aviva ante las imposiciones de un ultraderechismo visceral, anti ilustrado, depredador.

Para Galdós, el patriotismo es un sentimiento soberano que se encarna en la Fe Nacional, el Amor Patrio y la Concordia Pública. Todo escrito con letras mayúsculas y grandilocuentes que quizá no sintonizan con una sensibilidad progresista contemporánea, pero que nos recuerdan la urgencia, al menos aspiracional, de una búsqueda no devaluada de la verdad, la justicia, la reparación, la democracia. La necesidad de no renunciar al pensamiento utópico y, a la vez, de no perder de vista la noción de utilidad enciclopédica. Entre mis recientes aprendizajes galdosianos, me parece especialmente relevante ese deseo de concordia pública en una época de crispación y mentiras metamorfoseadas en verdades. De arengas golpistas. Concordia pública y diálogo para poder conversar con un fascista, como propone la filósofa brasileña Marcia Tiburi (2019). Mientras tanto, hay cosas que son difíciles de soportar. Situaciones en las que la templanza se hiela o se abrasa: pienso en el caso de las dos educadoras sexuales riojanas, objetivo de falacias ultraderechistas que ponen en peligro su trabajo y su honorabilidad, y al mismo tiempo ponen el peligro la normalización de las libertades sexuales, el sentido mismo de la educación... Me doy cuenta de que, al analizar el republicanismo de Galdós, expresado con su peculiar código decimonónico –sí, ya sé que la carta es de 1907–, estamos hablando de lo que nos pasa aún hoy. Y este descubrimiento me gusta por la lucidez galdosiana y me disgusta por la necrosis ideológica de una sociedad dispuesta a tropezar una y otra vez en la misma piedra. Es fundamental que la memoria no se edulcore en nostalgia. Es fundamental hacer memoria.

No quiero cerrar este epígrafe sin poner un *pero* a esa grandilocuencia galdosiana que, en la carta a Vicenti, asocia lo femenino con lo blando y lo viril con lo grandioso. Parece mentira que un hombre que había retratado a Fortunata o a Tristana; un hombre que se daba cuenta de la mayor vulnerabilidad de las mujeres en una sociedad que las excluía o las condenaba a ser mantenidas, prostitutas o

madres de familia ejemplares, cayera en esta espantosa simplificación lingüística. Espíritu de época. Ideología invisible. Grasilla. Occipucio sucio. Un sentido común que separa lo importante de lo caprichoso. Nosotras quizá siempre estuvimos del lado del capricho, y Galdós fue un poco perezoso y un poco complaciente a la hora de elegir adjetivos para su carta. No lo pensó demasiado. Supongo que si doña Emilia lo hubiese pillado le habría soltado tres buenas frescas. Tres huevos duros. Y un lacón con grelos.

## Principios y valores

En la carta a Vicenti, el escritor de Las Palmas rellena la palabra República de contenidos clásicos que se oponen frontalmente a la definición de la Academia, en su edición del diccionario de 1970, como «lugar donde reina el desorden por exceso de libertades». La acepción es el reflejo de las interpretaciones, mayoritariamente espurias y conservadoras, de la experiencia republicana de 1873. Ante ejemplos como este, enarbolar una supuesta inocencia científica de la lengua no es un ejercicio de corrección y/o pureza filológicas, sino un intento de hacernos comulgar con la rueda de molino de que el lenguaje no está empapado del discurso del poder. Sabemos que la morfosintaxis no es angelical. En estas circunstancias y con este bagaje, si Galdós tuviese que elaborar una definición de república, en ella no podrían faltar las siguientes palabras: patriotismo, ciudadanía, trabajo, concordia, regeneración, soberanía popular, laicismo, cultura, enseñanza, libertad de conciencia, civilización, lógica, racionalidad, voluntad, justicia, corazón, luz...

No voy a profundizar en todos estos términos, pero sí diré que en la carta a Vicenti, el escritor coloca el objetivo de la regeneración del lado del laicismo y la cultura, y en la antípoda del «regazo frailuno» –de nuevo, llamo la atención sobre el poder de los sufijos– y de ese «caciquismo eclesiástico» que tan admirablemente retrató en novelas como *Doña Perfecta* (1876).

Germán Gullón acude en mi ayuda para desarrollar una esclarecedora paráfrasis argumental de *Doña Perfecta*:

*Doña Perfecta*, la novela mejor conocida de este periodo, ofrece una vívida representación del régimen caciquil en la episcopal ciudad de Orbajosa, mantenido por los propietarios de la tierra con el apoyo de la Iglesia. Esta sociedad, regida por una organización del Antiguo Régimen, rehúsa cambiar el modelo social, por lo que el crecimiento de la riqueza se estanca. No surgen nuevas industrias, ni se expande el comercio y, por supuesto, la economía de servicios, esencial para el desarrollo económico del momento, resulta inexistente (Gullón, 2019: 107).

La connivencia de la «barbarie clerical» –cito palabras textuales– con la oligarquía económica cristaliza en un país asfixiante que necesita recuperar el aire libre porque, como señala el propio Galdós, «es ya una vergüenza no ser europeos más que por la geografía, por la ópera italiana y por el uso desenfrenado de los automóviles». El sentido del humor galdosiano revela una adelantada sensibilidad ecológica. Esto también es broma. O no.

Para salir de la habitación mal ventilada que es España, Galdós apuesta por el republicanismo militante echando mano de una metáfora bélica: desde las tiendas republicanas que sitian el «ahogado castillo» se vencerá con la lógica, la palabra y el argumento, nunca con la fuerza bruta. Frente a la oscuridad de las sotanas, la lucidez intelectual, la educación y una libertad de conciencia que también atañe lo religioso como experiencia íntima: el anticlericalismo galdosiano, como supuesta seña de identidad republicana, se refiere fundamentalmente al sectarismo católico, cómplice con los caciques, que define el rumbo de la política española desde tiempos inmemoriales. Porque Galdós era contrario a cercenar la libertad de culto, tal como se puede comprobar en *Gloria* (1876), novela en la que la intolerancia ante el judaísmo de Daniel Morton, el enamorado de la protagonista, desencadena una tragedia. La religiosidad y la espiritualidad son facetas de un ser humano que puede ser alienado a través de ellas o realizar un fructífero ejercicio de introspección, solidaridad y ayuda mutua. El respeto a todos los credos y la necesidad de desvincularlos de la vida pública o del poder, para circunscribirlos a una esfera íntima forma parte del bagaje ideológico y de la impronta republicana de Benito Pérez Galdós.

## Galdosiana

Para acabar, me gustaría compartir unos fragmentos de una columna que escribí para el periódico *El País*<sup>5</sup>. En ellos, describo la exposición *Benito Pérez Galdós, la verdad humana* y resumo tan brevemente como exige una columna, la actualidad democrática y la vigencia de la obra de Pérez Galdós. Creo que estas palabras pueden constituir una síntesis de las reflexiones que hoy querido compartir con vosotras y vosotros:

---

<sup>5</sup> La columna apareció en la sección de Opinión del citado diario el 28 de octubre de 2019.

... el escritor dialoga con la historia y la política de su país, su biografía y el campo literario de su tiempo. Y del nuestro. Frente a las acusaciones de garbancerismo, Galdós fue un viajero cosmopolita, un hombre comprometido, que supo reconvertir las mejores ideas éticas y estéticas de su contemporaneidad en novelas, episodios, artículos y obras de teatro a través de los que conectó con un nutrido público sin perder un ápice de exigencia. Las clases medias y populares aprendimos historia y literatura con Galdós. Aprendimos y aún aprendemos a enfrentar la vida con actitud crítica, progresista y empática. Encendemos las bombillas y valoramos el sentido social del ordenamiento urbanístico. Galdós vivió en las ideas para idear las vidas; observó la realidad y con sus palabras la construyó; capturó en sus novelas las polifonías –voces de distintas clases y géneros– de una sociedad en transformación; trazó el retrato de una clase media fundamental para la musculatura del país; y superó los tópicos de una cultura española que eran simultáneamente los tópicos de nuestra vida cotidiana: fracturó esa falsa dualidad entre razón y corazón a la que, hoy, en la era de la víscera y la postverdad, hemos regresado para apagar las luces entronizando el bulo. Para Galdós, la aspiración era alcanzar la verdad humana y aprehender un sentido de la modernidad que, por nuestras supersticiones, podría escapársenos. Abogó por la laboriosidad en un país de rancias ínfulas aristocráticas: el trabajo era considerado un castigo más que un concepto inherente a la naturaleza humana. También abrió una brecha que la literatura española aún no ha suturado: escribir sin miedo a ser local. Hoy entendemos que lo local y lo universal, más allá de la inteligencia narrativa, se emparentan con orden geopolítico y poder.

En la exposición, se podrá reconocer al Galdós canario; al que hizo de Madrid médula viva de sus narraciones; al que disfrutó de su casa de San Quintín en Santander; al de las tertulias y el periodismo, el ateneísta; al que, pese a las evidentes discrepancias ideológicas, mantuvo una conversación inquebrantable con amigos –Pereda, Menéndez Pelayo– que le acusaban de anticlericalismo; al que entrelazó las historias pequeñas con la historia grande; al que pintaba y tocaba el armonio –estas aptitudes no pueden desvincularse de su escritura–; al amigo y enamorado de Emilia Pardo Bazán; al Galdós que derivó hacia el republicanismo y el socialismo; al que, pese a la tachadura a la que fue condenado por unas élites literarias que se colocaban más allá de los huevos crudos sorbidos por Fortunata o de las pasiones ácratas de una Tristana a la que don Lope le dice que tiene que respetarlo porque es su marido y su padre, transformó el realismo en un caleidoscopio de realismos que, ya en el siglo XXI, hacen de él un escritor contestatario, intrépido e imprescindible.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Fuentes, V. (1982). *Galdós. Demócrata y Republicano (Escritos y discursos 1907-1913)*. Santa Cruz de Tenerife: Cabildo Insular/Universidad de La Laguna.

Jover Zamora, J. M. (1991). *Realidad y mito de la Primera República*. Madrid: Espasa-Calpe.

Polanski, R (2019). *El oficial y el espía*. Film.

Tiburi, M. (2019). *Cómo conversar con un fascista*, Madrid: Akal.